



El gran reto de la misión continental “Promover y formar discípulos y misioneros”

Mons. Víctor Sánchez Espinosa*

Sumario

Teniendo como telón de fondo la pregunta ¿cuál es el gran reto de la Misión Continental?, Mons. Sánchez, con palabras del mismo documento conclusivo sugiere una respuesta: “*promover y formar discípulos y misioneros*” (DA 14). Y, a partir de ahí, señala tres presupuestos básicos para llevar a cabo dicho Misión: La experiencia de Dios como punto de partida y de llegada de la misión evangelizadora de la Iglesia; la centralidad de Cristo y su proyecto del Reino; y la primacía de la Palabra de Dios. Al mismo tiempo advierte sobre el gran desafío de la conversión pastoral de la Iglesia, la cual implica, entre otras cosas, una renovación personal y comunitaria, un cambio de paradigmas, una renovación

439

medellín 135 / Septiembre (2008)

* Obispo Auxiliar de la Arquidiócesis de México. Actual Secretario General del CELAM.
general@celam.org



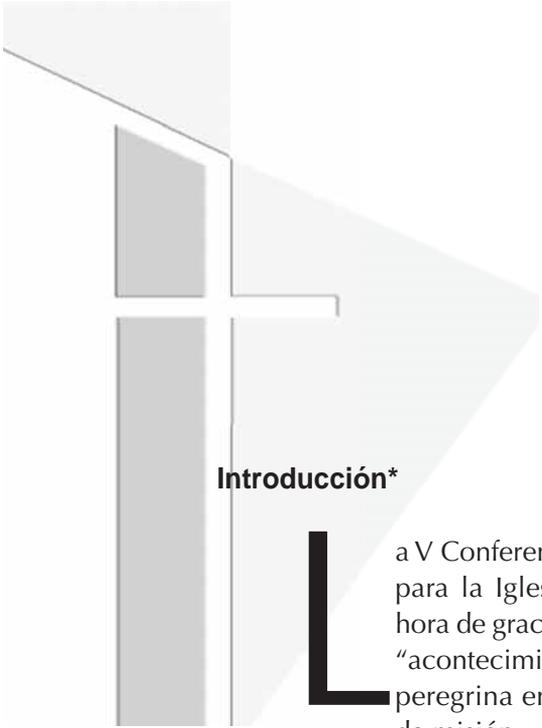
de estructuras, métodos y lenguajes y la creación de un nuevo modelo de Iglesia.

Palabras clave: Misión Continental, Conversión pastoral, Experiencia de Dios, Cambio de estructuras.

Sumário:

Tendo como pano de fundo a pergunta: qual é o grande desafio da Missão Continental?, Dom Sanchez, com palavras do mesmo documento conclusivo, sugere uma resposta: “*promover e formar discípulos e missionários*” (DA 14). E, a partir daí, indica três pressupostos básicos para realizar esta missão: A experiência de Deus como ponto de partida e de chegada da missão evangelizadora da Igreja; a centralidade de Cristo e seu projeto do Reino; e a primazia da Palavra de Deus. Ao mesmo tempo adverte sobre o grande desafio da conversão pastoral da Igreja, o qual implica, entre outras coisas, uma renovação pessoal e comunitária, uma mudança de paradigmas, uma mudança das estruturas, métodos e linguagens e a criação de um novo modelo de Igreja.

Palavras chave: Missão Continental, Conversão pastoral, Experiência de Deus, Mudança de estruturas.



Introducción*

La V Conferencia Episcopal Latinoamericana¹ significa para la Iglesia de América Latina y el Caribe “una hora de gracia”, un “nuevo Pentecostés”, un auténtico “acontecimiento salvífico” que ha puesto a la Iglesia, peregrina en estas tierras, en un estado permanente de misión:

Al terminar la Conferencia de Aparecida, en el vigor del Espíritu Santo, convocamos a todos nuestros hermanos y hermanas, para que, unidos, con entusiasmo realicemos la Gran Misión Continental. Será un nuevo Pentecostés que nos impulse a ir, de manera especial, en búsqueda de los católicos alejados y de los que poco o nada conocen a Jesucristo, para que formemos con alegría la comunidad de amor de nuestro Padre Dios. Misión que debe llegar a todos, ser permanente y profunda².

Pero cabe preguntarse: ¿Para qué esta misión? ¿Se trata de una reacción desesperada de la Iglesia ante el “éxodo” de católicos hacia los nuevos grupos y movimientos religiosos emergentes? ¿O será acaso un embate proselitista, en aras de ganar adeptos para la Iglesia?

Este artículo ya ha sido publicado en el libro *Aparecida 2007-Luces para América Latina*, Edritrice Vaticana 2008, publicado por la Pontificia Comisión para América Latina, con motivo del 50 aniversario de su fundación. También se publicó en el Boletín del CELAM del mes de junio de 2008. No obstante, hemos querido publicarlo aquí con el fin de que este valioso aporte de Mons. Víctor Sánchez pueda llegar también a todos los lectores de Medellín que no tienen acceso a las fuentes antes citadas.

¹ Celebrada del 13 al 31 de mayo de 2008, en Aparecida, Brasil.

² Cf. Celam, Documento Conclusivo autorizado de la Conferencia, CELAM / Paulinas, Bogotá 2007, n. 547. En adelante lo citaremos en el mismo cuerpo del texto con la sigla DA.



Concebir así la misión sería distorsionar su naturaleza más profunda, aunque no se descarta la tentación de entenderla de esa manera. ¿Cuál es entonces el gran *desafío*³ de la Misión Continental? El Documento Conclusivo lo señala de manera clara y contundente:

Aquí está el reto [desafío] fundamental que afrontamos: mostrar la capacidad de la Iglesia para promover y formar discípulos y misioneros que respondan a la vocación recibida y comuniquen por doquier, por desborde de gratitud y alegría, el don del encuentro con Jesucristo [...]. No tenemos otra dicha ni otra prioridad que ser instrumentos del Espíritu de Dios, en la Iglesia, para que Jesucristo sea encontrado, seguido, amado, adorado, anunciado y comunicado a todos (DA 14)⁴.

Así pues, la Misión Continental constituye, en sí misma, un desafío de la Iglesia hacia el mundo, pero es también un desafío para la Iglesia, pues le exige revisar el modo de entenderse, así como su modo de ser, de pensar y de actuar. Más aún, la obliga a redefinir su identidad, a reubicarse ante la realidad concreta y a reorientar su misión. Esto significa que la Misión Continental, antes que un programa de acción pastoral por parte de la Iglesia, es un llamado de Dios a la Iglesia a que recupere su identidad de Discípula Misionera de Jesucristo. Hacer vida este llamado divino le plantea el gran desafío de entrar en un proceso radical de Conversión Pastoral⁵. Dicha conversión no

³ Considerado desde el punto de vista humano, el desafío es una provocación, duelo, confrontación o cuestionamiento, que invita a la lucha, al debate; es una realidad que nos exige revisar y, a veces, modificar nuestro modo de ser, de pensar y de actuar; es algo que nos obliga a tomar decisiones inaplazables y a dar respuestas inmediatas, así como a redefinirnos en nuestra identidad más profunda y a reubicarnos ante la realidad concreta que estamos viviendo. Los hay de diversa índole, todos con un denominador común: son realidades o situaciones que afectan los centros vitales de los individuos y comunidades, su identidad y el sentido más profundo de su existencia. Cf. F. Merlos, Pastoral en crecimiento, Palabra Ediciones, México 2002, p. 128-131; Cf. Id., Pastoral del futuro, Palabra Ediciones, México 2001, p. 19-22. Los desafíos encierran “una fuerte carga de provocación y de cuestionamiento”, que exige poner en juego los mejores talentos y recursos “para dar respuestas inaplazables, revisar actitudes y reformular proyectos”. F. Merlos, Pastoral en crecimiento, o.c., p. 128.

⁴ Cf. EN 1.

⁵ Sobre el tema “*Conversión pastoral*” puede verse: Valadez Fuentes Salvador, *Espiritualidad Pastoral ¿Cómo superar una pastoral “sin alma”?*, Paulinas, Bogotá 2005, p. 112-126.

solo es una exigencia, sino una condición sin la cual no será posible llevar a cabo con eficacia la Misión Continental. Ya en la Conferencia de Santo Domingo se había señalado esto al afirmar que:

La Nueva Evangelización exige la conversión pastoral de la Iglesia. Tal conversión debe ser coherente con el Concilio. Lo toca todo y a todos: en la conciencia y en la praxis personal y comunitaria, en las relaciones de igualdad y de autoridad; con estructuras y dinamismos que hagan presente cada vez con más claridad a la Iglesia, en cuanto signo eficaz, sacramento de salvación universal (SD, 30).

En el Documento de Aparecida este tema aparece en diferentes lugares, si bien es abordado principalmente en el capítulo séptimo⁶. Se afirma que “todas las auténticas transformaciones se fraguan y forjan en el corazón de las personas”. De manera que no podrá haber “nuevas estructuras si no hay hombres nuevos y mujeres nuevas que movilicen y hagan converger en los pueblos ideales y poderosas energías morales y religiosas”. La Iglesia dará respuesta a la exigencia del cambio de estructuras “formando discípulos y misioneros” (DA 538).

Con lo antes dicho, es fácil deducir que la conversión pastoral de la Iglesia es una realidad compleja en la cual subyacen otros muchos desafíos que deben ser afrontados de manera inaplazable. Esta es nuestra hipótesis: El mayor desafío de la Misión Continental es promover y formar discípulos misioneros de Jesucristo. Pero este desafío implica otro de fundamental importancia: la conversión pastoral de la Iglesia, conversión que, a su vez, encierra otra gran variedad de desafíos, los cuales deben ser afrontados con inteligencia creativa, bajo pena de convertir la Misión Continental en un discurso demagógico, en un idealismo ingenuo, en un proyecto estéril. ¿Cuáles son esos desafíos? Nos referiremos sólo a algunos, que consideramos esenciales y que, tomados en su conjunto, constituyen el núcleo básico de la “espiritualidad para la acción misionera”, de la cual habla el Documento

⁶ “Conversión pastoral y renovación misionera de las comunidades” (DA 365-372).



Conclusivo⁷: “Es necesario formar a los discípulos en una espiritualidad de la acción misionera, que se basa en la docilidad al impulso del Espíritu [...]. El discípulo y misionero, movido por el impulso y el ardor que proviene del Espíritu, aprende a expresarlo en el trabajo, en el diálogo, en el servicio, en la misión cotidiana” (DA 284).

I. Tres presupuestos básicos para la misión continental

1. *La experiencia de Dios: punto de partida y de llegada de la misión evangelizadora de la Iglesia*⁸

Ante una labor pastoral, a menudo pragmática y carente de vida, la Iglesia tiene el desafío de entender y vivir su labor pastoral-misionera como una experiencia de Dios.

La Experiencia de Dios constituye el fundamento último del ministerio pastoral y de la espiritualidad que lo sustenta. En consecuencia, dicho ministerio sólo será auténtico si tiene su fuente en la experiencia de Dios, se vive como experiencia de Dios y está orientado a fomentar dicha experiencia, tanto en la Iglesia –sujeto de la acción pastoral– como en los diversos interlocutores. Dicha experiencia implica la aceptación vital de Jesucristo y la apertura a la acción del Espíritu Santo, pues en la tarea evangelizadora, lo más importante no es transmitir una doctrina, sino dar un testimonio, nacido de la experiencia.

Es necesario entender que el ministerio pastoral de la Iglesia, por su misma naturaleza, es una experiencia de Dios Trinidad⁹ y también una experiencia de la vida teológica. Es experiencia de Dios Trinidad en cuanto que en ella se experimenta al Padre, que es quien nos llama

⁷ Al hablar de “espiritualidad de la acción misionera” nos referimos al conjunto de convicciones de fe, motivaciones profundas, opciones fundamentales, actitudes, valores y comportamientos que deben vivir los Discípulos y Misioneros de Jesús, para llevar a cabo la Misión Continental.

⁸ Cf. Valadez Salvador, *Espiritualidad Pastoral*, o. c., p. 33-38.

⁹ “La evangelización es un llamado a la participación de la comunión trinitaria”(DA 157); “La Iglesia ‘atrae’ cuando vive en comunión, pues los discípulos de Jesús serán reconocidos si se aman los unos a los otros como Él nos amó (cf. Rm 12, 4-13; Jn 13, 34)” (DA 159).

a colaborar en la obra de salvación; se experimenta al Hijo, cuya presencia y praxis actualizamos con nuestra acción pastoral-misionera; y se experimenta al Espíritu Santo, bajo cuyo impulso actuamos. Pero es también una experiencia de la vida teológica en cuanto que la acción misionera de la Iglesia, para ser auténtica, necesariamente debe estar cimentado en la fe, orientada por la esperanza y consumado en el amor (caridad pastoral)¹⁰.

La experiencia de Dios es señalada en el Documento Conclusivo de Aparecida como el eje fundamental de la misión de la Iglesia y de todo discípulo y discípula de Jesús: “sólo quien reconoce a Dios, conoce la realidad y puede responder a ella de modo adecuado y realmente humano”. Por tanto, “si no conocemos a Dios en Cristo y con Cristo, toda la realidad se convierte en un enigma indescifrable; no hay camino y, al no haber camino, no hay vida ni verdad”¹¹. Pero también se reconoce que en la realidad concreta el discípulo puede hacer “la experiencia del encuentro con Jesucristo vivo”, madurar su vocación cristiana y descubrir la riqueza y la gracia de ser misionero (cf. DA 167).

La experiencia de Dios tiene dos lugares fundamentales: la persona de Jesús, a quien escuchamos en su palabra, contemplamos en la oración y recibimos en los sacramentos¹²; y el prójimo, “sacramento” vivo de Cristo, cuyo servicio por amor es un camino para amar y servir al mismo Cristo (cf. Mt 25,40)¹³.

Jesucristo es el camino para la experiencia de Dios: Él “es el camino que nos permite descubrir la verdad y lograr la plena realización de nuestra vida!”¹⁴. Por tanto, “ser discípulos y misioneros de Jesucristo y buscar la vida ‘en Él’ supone estar profundamente

¹⁰ Cf. Valadez Salvador, *Espiritualidad Pastoral*, o.c., 33-38.

¹¹ *Discurso Inaugural*; cf. DA 7-8.

¹² Cf. *Lugares del Encuentro con Cristo* (DA 246-257).

¹³ Sobre este punto decía san Juan Crisóstomo: “Tú que honras el altar sobre el que se posa el cuerpo de Cristo, ultrajas y desprecias después en su indignancia al que es el mismo cuerpo de Cristo. Este altar lo puedes encontrar por todas partes, en todas las calles, en todas las plazas, y puedes en todo momento ofrecer sobre el mismo un verdadero sacrificio. Lo mismo que el sacerdote, de pie ante el altar, invoca al Espíritu Santo, así tu también inclinado ante el altar, no con palabras, sino con hechos, porque no hay nada que atraiga y alimente el fuego del Espíritu como la abundante efusión del óleo de la caridad”. S. J. Crisóstomo, *In Ep. 2 ad Cor.*, Hom. 20, 3.

¹⁴ *Mensaje final* de la V Conferencia.



enraizados en Él¹⁵. De hecho, el seguimiento de Cristo es fruto de de una “fascinación” por Él, de manera que “el discípulo es alguien apasionado por Cristo a quien reconoce como el maestro que lo conduce y acompaña” (DA 277). Y será esa experiencia de adhesión a Jesucristo la que nos hará capaces de ser amigos de los pobres y de hacernos solidarios con su destino (cf. DA 257).

Es de esa experiencia profunda de donde puede brotar el manantial de un ministerio pastoral fecundo, pues “cuando el discípulo está enamorado de Cristo, no puede dejar de anunciar al mundo que sólo Él nos salva” (cf. Hch 4,12). La experiencia de Dios es una fuente de donde “podrán surgir nuevos caminos y proyectos pastorales creativos, que infundan una firme esperanza para vivir de manera responsable y gozosa la fe e irradiarla así en el propio ambiente”¹⁶. Por tanto, es desde ese encuentro con Jesucristo, de donde se ha de “expresar la alegría de ser discípulos del Señor y de haber sido enviados con el tesoro del Evangelio” (DA 28).

2. Centralidad de Cristo y su proyecto del Reino

Ante una peligrosa tendencia a polarizar la acción pastoral hacia la Iglesia misma (pastoral de conservación)¹⁷, la Misión Continental nos plantea el desafío de volver la mirada a Jesucristo como el paradigma absoluto de toda pastoral y a orientar la misión desde el horizonte del Reino, con un énfasis muy importante en el valor de la “vida plena” en Cristo.

Además de la experiencia de Dios, como principio y fin de toda la acción evangelizadora, otro aspecto que el Documento Conclusivo de Aparecida deja bien asentado es la centralidad absoluta de Jesús, como paradigma de todo el ministerio pastoral de la Iglesia¹⁸, así como la referencia obligada a su proyecto del Reino. Esto significa que “¡lo más decisivo en la Iglesia es siempre la acción santa de su Señor” (DA 5), e implica el firme reconocimiento por parte de los discípulos de Jesús que

¹⁵ *Discurso inaugural.*

¹⁶ *Ibid.*

¹⁷ Cf. DA 370.

¹⁸ Cf. S. Valadez Fuentes, *Espiritualidad Pastoral*, o. c., p. 73-107.

“Él es el primer y más grande evangelizador enviado por Dios (cf. Lc 4, 44) y, al mismo tiempo, el Evangelio de Dios (cf. Rm 1,3) (DA 103). Pero también significa que “la Iglesia debe cumplir su misión siguiendo los pasos de Jesús y adoptando sus actitudes (cf. Mt 9, 35-36) (DA 31).

El nuevo estilo de vida pastoral que la misión continental requiere no se podrá dar sin una profunda inmersión en el misterio de Cristo. En efecto, Él es la luz para ver, el criterio para juzgar y la norma para actuar, en el ministerio eclesial. Por tanto, si quiere ser fiel y no perder el rumbo, la Iglesia debe preguntarse constantemente: ¿Qué hizo Jesús (principales ejes de su ministerio)? ¿Por qué lo hizo (motivaciones profundas)? ¿Para qué lo hizo (intencionalidad)? ¿Cómo lo hizo (actitudes)? Y confrontar si hay coherencia en su actuar con el de Jesús, pues el gran cometido de la Iglesia no es otro que actualizar, en el aquí y ahora, bajo el impulso del Espíritu Santo, la praxis evangelizadora de Jesús, en orden a la propia autoedificación y a la extensión del Reino de Dios en el mundo¹⁹.

Aparecida nos recuerda que la participación en el ministerio pastoral de la Iglesia por parte de cada uno de sus miembros, brota de su participación en el ser sacerdotal, profético y regio de Jesucristo, gracias al bautismo²⁰. Es decir que “todo bautizado recibe de Cristo, como los Apóstoles, el mandato de la misión: ‘Id por todo el mundo y proclamad la Buena Nueva a toda la creación. El que crea y sea bautizado, se salvará’ (Mc 16,15)”.²¹ Por tanto, cada bautizado, “es portador de dones que debe desarrollar en unidad y complementariedad con los de los otros, a fin de formar el único Cuerpo de Cristo, entregado para la vida del mundo” (DA 162).

En cuanto al planteamiento de la Misión Continental, desde la perspectiva del Reino, Aparecida no podría ser más contundente²².

¹⁹ Cf. Valadez Salvador, *Espiritualidad Pastoral*, o. c., p. 22-23.

²⁰ Cf. DA 209.

²¹ *Discurso inaugural*.

²² Ya el Vaticano II había dejado bien claro que la Iglesia no existe para sí misma sino que, a través de su acción evangelizadora, debe estar al servicio del Reino, como lo estuvo Cristo. Su misión es “anunciarlo e instaurarlo en todos los pueblos” (LG 5). La Iglesia es “germen y comienzo de este Reino en la tierra”, a la vez que “anhela la plena realización del Reino” (LG 5).



En principio, toda la misión está orientada a hacer realidad la “Vida plena en Cristo” en los Discípulos de Jesús y, a través de ellos, en nuestros pueblos²³. Y la vida es uno de los valores y signos fundamentales del Reino del Dios de la Vida: “Esta es la vida eterna: ‘que te conozcan a ti el único Dios verdadero, y a Jesucristo tu enviado’ (Jn 17, 3). La fe en Jesús como el Hijo del Padre es la puerta de entrada a la Vida (DA 101). En efecto, “Jesús quiere la vida plena para todos; para ello nos da su vida. Y llama a sus discípulos a hacer lo mismo” (cf. DA 106-113).

La brújula orientadora de la Misión Continental debe ser el gran proyecto de la instauración del Reino (reinado) de Dios en el corazón de cada persona, de cada familia y de la familia humana en su totalidad. Ese fue el proyecto de Jesús y ese debe ser también el proyecto de sus discípulos: “Jesús con palabras y acciones, con su muerte y resurrección inaugura en medio de nosotros el Reino de vida del Padre” (DA 143); “Al llamar a los suyos para que lo sigan, les da un encargo muy preciso: anunciar el evangelio del Reino a todas las naciones (cf. Mt 28, 19; Lc 24, 46-48) [...]. Cumplir este encargo no es una tarea opcional, sino parte integrante de la identidad cristiana, porque es la extensión testimonial de la vocación misma (DA 144)”. En consecuencia, “los seguidores de Jesús deben dejarse guiar constantemente por el Espíritu (cf. Gal 5, 25), y hacer propia la pasión por el Padre y el Reino: anunciar la Buena Nueva a los pobres, curar a los enfermos, consolar a los tristes, liberar a los cautivos y anunciar a todos el año de gracia del Señor (cf. Lc 4, 18-19)” (DA 152)²⁴.

En el contexto de una globalización capitaneada por la ideología capitalista neoliberal, cuyos efectos más notorios en los pueblos de América Latina y el Caribe son la pobreza creciente, la exclusión social y el deterioro de la vida en todas sus manifestaciones se hace más urgente que nunca luchar a favor de la “cultura de la vida” ya que:

Las condiciones de vida de muchos abandonados, excluidos e ignorados en su miseria y su dolor, contradicen este proyecto

²³ Este es precisamente el contenido de toda la tercera parte del Documento Conclusivo, cuyo título es: “La vida de Jesucristo para nuestros pueblos”.

²⁴ Cf. DA 149-151.

del Padre e interpelan a los creyentes a un mayor compromiso a favor de la cultura de la vida. El Reino de vida que Cristo vino a traer es incompatible con esas situaciones inhumanas. Si pretendemos cerrar los ojos ante estas realidades no somos defensores de la vida del Reino y nos situamos en el camino de la muerte [...]. Tanto la preocupación por desarrollar estructuras más justas como por transmitir los valores sociales del Evangelio, se sitúan en este contexto de servicio fraterno a la vida digna (DA 358)²⁵.

Aparecida nos recuerda que el Reino instaurado por Jesús es el Reino de la vida, que “la propuesta de Jesucristo a nuestros pueblos, el contenido fundamental de esta misión, es la oferta de una vida plena para todos” (DA 361)²⁶. También señala que “la vida nueva de Jesucristo toca al ser humano entero y desarrolla en plenitud la existencia humana en su dimensión personal, familiar, social y cultural” (DA 356). Asimismo, indica los signos que expresan la presencia del Reino, entre otros: la vivencia personal y comunitaria de las bienaventuranzas, la evangelización de los pobres, el conocimiento y cumplimiento de la voluntad del Padre, el martirio por la fe, el acceso de todos a los bienes de la creación, el perdón mutuo, sincero y fraterno, aceptando y respetando la riqueza de la pluralidad, y la lucha para no sucumbir a la tentación y no ser esclavos del mal (cf. DA 383).

3. La primacía de la Palabra de Dios, “alma de la acción evangelizadora” de la Iglesia

Ante una acción pastoral, con frecuencia desencarnada y vacía, Aparecida plantea a la Iglesia el desafío de vivir su identidad discipular mediante la escucha atenta de la Palabra de Dios escrita y “acontecida”.

²⁵ También se denuncia “el consumismo hedonista e individualista”, el cual “pone la vida humana en función de un placer inmediato y sin límites” y “oscurece el sentido de la vida y la degrada” (DA 357).

²⁶ “Yo he venido para que tengan vida y la tengan en abundancia” (Jn 10,10). Con esta vida divina se desarrolla también en plenitud la existencia humana, en su dimensión personal, familiar, social y cultural (Discurso inaugural).



Otro de los grandes aportes de Aparecida es rescatar el papel fundamental de la Palabra de Dios, en su doble manifestación: escrita y acontecida. Haciéndose eco del Vaticano II, nos recuerda que “La Sagrada Escritura, ‘Palabra de Dios escrita por inspiración del Espíritu Santo’²⁷, es, con la Tradición, fuente de vida para la Iglesia y alma de su acción evangelizadora” (DA 247). Consciente de esto, el Papa Benedicto XVI en su discurso inaugural advirtió que: “Al iniciar la nueva etapa que la Iglesia misionera de América Latina y El Caribe se dispone a emprender [...], es condición indispensable el conocimiento profundo y vivencial de la Palabra de Dios”. Y señaló la urgente necesidad de “fundamentar nuestro compromiso misionero y toda nuestra vida en la roca de la Palabra de Dios”²⁸.

Pero, además de la escucha de la palabra de Dios en la Sagrada Escritura, también se enfatiza la necesidad de que la Iglesia sepa escuchar la voz de Dios expresa en la realidad²⁹: “Como discípulos de Jesucristo, nos sentimos interpelados a discernir los ‘signos de los tiempos’, a la luz del Espíritu Santo, para ponernos al servicio del Reino” (DA 33). Se insiste en que “la pastoral de la Iglesia no puede prescindir del contexto histórico donde viven sus miembros” ya que su vida acontece en contextos socioculturales bien concretos. “Estas transformaciones sociales y culturales representan naturalmente nuevos desafíos para la Iglesia en su misión de construir el Reino de Dios. De allí nace la necesidad, en fidelidad al Espíritu Santo que la conduce, de una renovación eclesial, que implica reformas espirituales, pastorales y también institucionales” (DA 367). En consecuencia, no escuchar las interpelaciones de Dios en los signos de los tiempos³⁰ es tan grave como desconocer su palabra en la Sagrada Escritura. Por tanto: “Obispos, sacerdotes, diáconos permanentes, consagrados y consagradas, laicos, y laicas, estamos llamados a asumir una actitud de permanente

²⁷ *Dei Verbum* 9.

²⁸ *Discurso inaugural*.

²⁹ “La realidad nos interpela como discípulos y misioneros” es el título del capítulo segundo (DA 33-100).

³⁰ Los signos de los tiempos son aquellos acontecimientos que expresan las necesidades y las aspiraciones más profundas del ser humano, en una época y lugar determinados, y en los cuales se puede reconocer la presencia de Dios actuante en la historia y su plan de salvación. Cf. GS, 4^a; 11^a; 44b; PO, 6b; PO, 9b AA, 14c; UR 4^a; SC, 43; DH, 15.

conversión pastoral, que implica escuchar con atención y discernir ‘lo que el Espíritu está diciendo a las Iglesias’ (Ap 2, 29) a través de los signos de los tiempos en los que Dios se manifiesta” (DA 366).

II. El desafío de la *conversión pastoral* de la Iglesia

La expresión “conversión pastoral de la Iglesia” hace referencia a una realidad compleja, que afectad la vida eclesial en su totalidad: modos de pensar, relaciones, estructuras, métodos pastorales, lenguajes, etc.³¹ En esta segunda parte nos referiremos a cuatro aspectos que consideramos especialmente relevantes y que constituyen desafíos para la Iglesia, de cara a la Misión Continental.

1. *La renovación personal y comunitaria*

Ante una tendencia praxisista de la pastoral, que genera un clima de cansancio psicológico, vaciamiento interior y hasta deserción de muchos agentes, la Iglesia y cada agente de pastoral deben enfrentar el desafío de una profunda renovación personal y comunitaria, la cual tiene como punto de partida el reconocimiento y vivencia de la acción-pastoral-misionera como un don de Dios y, al mismo tiempo, como un camino de santidad.

La Misión Continental exige un nuevo estilo de vida de cada Agentes de Pastoral³² y un nuevo perfil de Iglesia, que sólo puede brotar de una radical inmersión en el Misterio de Jesucristo³³. Pero es necesario advertir que la misión evangelizadora de la Iglesia no sólo exige una vida de santidad, sino que al mismo tiempo constituye un modo de seguimiento de Cristo y un camino de plenitud³⁴. Es decir, que trabajar por el Señor es un don y un camino de santidad.

³¹ El número 30 del Documento de Santo Domingo es el que mejor expresa el tema.

³² En su mensaje final, los Pastores de participantes en Aparecida, señalan que la conversión de cada persona es el “*punto de partida para la transformación de la sociedad*”.

³³ El Documento de Santo Domingo nos recuerda que una renovación de nuestro ardor apostólico sólo puede brotar de “*una radical conformación con Jesucristo, el primer evangelizador*”, y que “*el mejor evangelizador es el santo*” (SD, 28).

³⁴ En el caso del Presbítero diocesano la santificación, en y a través del ministerio, es esencial a su vocación específica (cf. *Dir 8; PO, 14*) pero esa exigencia también es extensiva a todo Agente de pastoral. Cf. F. Couto Texeira, *La espiritualidad del seguimiento*, Dabar, México 1996, p. 31-61.



El Agente de pastoral ha de ser ante todo un discípulo, un seguidor de Cristo, un testigo fiel. Es en ese sentido que el Papa Juan Pablo II advertía que “la perspectiva en la que debe situarse el camino pastoral es la de la santidad” (NMI, 30). Dando por supuesto que el Espíritu Santo es el protagonista de la evangelización³⁵, no debemos olvidar que la calidad y eficacia de la acción pastoral-misionera dependerá, en gran medida, de la calidad humana y cristiana del Agente, es decir, de su grado de santidad. Dicho en otras palabras: la eficacia del ministerio “no depende tanto de grandes programas y estructuras, sino de hombres y mujeres nuevos que encarnen dicha tradición y novedad, como discípulos de Jesucristo y misioneros de su Reino, protagonistas de vida nueva para una América Latina que quiere reconocerse con la luz y la fuerza del Espíritu” (DA 11).

El primer paso para una renovación personal está en el reconocimiento de la absoluta gratuidad del llamado a ser discípulos y misioneros de Jesucristo. Se trata de reconocer que “¡Nuestra mayor alegría es ser discípulos suyos! Él nos llama a cada uno por nuestro nombre, conociendo a fondo nuestra historia (cf. Jn 10,3), para convivir con Él y enviarnos a continuar su misión (cf. Mc 3,14-15)³⁶. Así expresan la gratuidad del llamado y de la misión los pastores participantes en Aparecida:

Bendecimos a Dios con ánimo agradecido, porque nos ha llamado a ser instrumentos de su Reino de amor y de vida, de justicia y de paz, por el cual tantos se sacrificaron. El mismo nos ha encomendado la obra de sus manos para que la cuidemos y la pongamos al servicio de todos. Agradecemos a Dios por habernos hecho sus colaboradores para que seamos solidarios con su creación con responsabilidad ecológica. Bendecimos a Dios que nos ha dado la naturaleza creada que es su primer libro para poder conocerlo y vivir nosotros en ella como en nuestra casa (DA 25).

³⁵ Cf. EN 75.

³⁶ Mensaje final. “La condición del discípulo brota de Jesucristo como de su fuente por la fe y el bautismo y crece en la Iglesia, comunidad donde todos sus miembros adquieren igual dignidad y participan de diversos ministerios y carismas. De este modo se realiza en la Iglesia la forma propia y específica de vivir la santidad bautismal al servicio del Reino de Dios” (DA 184).



El discípulo debe estar convencido de que seguir a Jesús, antes que una exigencia, es una gracia y “trasmitir este tesoro a los demás es un encargo que el Señor, al llamarnos y elegirnos, nos ha confiado” (DA 18). Pero también debe creer con firmeza que “en la generosidad de los misioneros se manifiesta la generosidad de Dios”, y “en la gratuidad de los apóstoles aparece la gratuidad del Evangelio” (DA 31). Por otra parte, cabe advertir que la renovación comunitaria, en gran medida, está supeditada a la renovación personal. De ahí que la primera exigencia para lograr la renovación de la parroquia es el cambio de actitudes en los párrocos y en los sacerdotes que están al servicio de ella. A decir de Aparecida “la primera exigencia es que el párroco sea un auténtico discípulo de Jesucristo, porque sólo un sacerdote enamorado del Señor puede renovar una parroquia” (DA 201).

Pero, en cuanto camino de santidad, el ministerio pastoral es también una experiencia ascética³⁷, pues nos exige una conversión permanente, que implica la lucha constante contra una serie de “tentaciones, pecados y vicios” propios del ministerio pastoral³⁸. Se trata de situaciones que obstaculizan u opacan la presencia del Reino de Dios y que, por ende, exigen nuevas actitudes, nuevos modos de pensar y de hacer las cosas. En el Documento Conclusivo de Aparecida se señalan algunas de esas situaciones que exigen conversión.

- *Pragmatismo / mezquindad*: “Nuestra mayor amenaza es el gris pragmatismo de la vida cotidiana de la Iglesia en el cual aparentemente todo procede con normalidad, pero en realidad la fe se va desgastando y degenerando en mezquindad”³⁹. A todos nos toca “recomenzar desde Cristo” (DA 12).
- *Aislamiento / sectarismo*: “Algunos movimientos eclesiales no siempre se integran adecuadamente en la pastoral parroquial y diocesana; a su vez, algunas estructuras eclesiales no son suficientemente abiertas para acogerlos” (DA 100e). El secta-

³⁷ Por eso se advierte: “Conservemos la dulce y confortadora alegría de evangelizar, incluso cuando hay que sembrar entre lágrimas” (DA 552; Cf. EN 80).

³⁸ Cf. Valadez Salvador, *Espiritualidad Pastoral*, o. c., p. 142-153.

³⁹ RATZINGER, J. a los Obispos latinoamericanos responsables de las comisiones de Doctrina de la Fe en sus respectivas Conferencias Episcopales, Guadalajara (1996).



rismo consiste en encerrarse en el propio campo de trabajo, en las propias ideas o modos de hacer las cosas, en su grupo, asociación o movimiento. Se manifiesta en la falta de inserción en la Iglesia particular así como en el desprecio de otras formas de vida cristiana. Ante esta situación, Aparecida nos recuerda que “la conversión pastoral requiere que la Iglesia se constituya en comunidades de discípulos misioneros en torno a Jesucristo Maestro y Pastor. De allí nace la actitud de apertura, de diálogo y disponibilidad para promover la corresponsabilidad y participación efectiva de todos los fieles en la vida de las comunidades cristianas. Hoy más que nunca el testimonio de comunión eclesial y la santidad son una urgencia pastoral” (DA 368).

- *Administrativismo / burocracia:* Consiste en actuar como si la primera responsabilidad fuera la buena gestión de los bienes materiales de la comunidad, o polarizar la labor pastoral a una administración burocrática de la diócesis o parroquia, descuidando lo esencial, que es la edificación del Reino. Por el contrario, la misión continental nos exige poner todos los medios para que cada discípulo llegue a ser “un ardoroso misionero que vive el constante anhelo de buscar a los alejados y no se contenta con la simple administración” (DA 201). Por otra parte, “una parroquia, comunidad de discípulos misioneros, requiere organismos que superen cualquier clase de burocracia” (DA 203).
- *Instalación / inmovilismo:* “Falta espíritu misionero en miembros del clero” (DA 100e). La instalación o inmovilismo pastoral es la rutina y el desgano en el trabajo; sólo es válido lo “más seguro”, “lo que se ha hecho siempre”. Se hacen las cosas por inercia. Es la pastoral de los “mínimos”, caracterizada por la mediocridad y el desgano en todo.
- *Insolidaridad / individualismo:* “Falta solidaridad en la comunión de bienes al interior de las Iglesias locales y entre ellas” (DA 100 e). Cada agrupación eclesial, cada Iglesia particular, viven tan centradas en si mismas, que se olvidan de los demás. Ante esta realidad, Aparecida señala la urgencia de crear “un fondo de solidaridad entre las iglesias de América Latina y El Caribe que esté al servicio de las iniciativas pastorales propias” (DA 545).



Y señala también que “de nuestra fe en Cristo brota también la solidaridad como actitud permanente de encuentro, hermandad y servicio, que ha de manifestarse en opciones y gestos visibles, principalmente en la defensa de la vida y de los derechos de los más vulnerables y excluidos, y en el permanente acompañamiento en sus esfuerzos por ser sujetos de cambio y transformación de su situación” (DA 394).

- *Machismo y discriminación*: “Lamentamos que innumerables mujeres de toda condición no son valoradas en su dignidad [...], no se les reconoce suficientemente su abnegado sacrificio e incluso heroica generosidad en el cuidado y educación de los hijos ni en la transmisión de la fe en la familia, no se valora ni promueve adecuadamente su indispensable y peculiar participación en la construcción de una vida social más humana y en la edificación de la Iglesia” (DA 453). Por tanto, “es necesario en América Latina superar una mentalidad machista que ignora la novedad del cristianismo, donde se reconoce y proclama la igual dignidad y responsabilidad de la mujer respecto al hombre” (DA 453).
- *Clericalismo*: Haciéndose eco de la exhortación pastoral *Eclesia in America* Aparecida reconoce que la evangelización del continente y la renovación de la Iglesia no puede realizarse hoy sin la colaboración de los fieles laicos⁴⁰. Señala que “ellos han de ser parte activa y creativa en la elaboración y ejecución de proyectos pastorales a favor de la comunidad. Esto exige, de parte de los pastores, una mayor apertura de mentalidad para que entiendan y acojan el ‘ser’ y el ‘hacer’ del laico en la Iglesia, quien por su bautismo y su confirmación, es discípulo y misionero de Jesucristo” (DA 213).

⁴⁰ Cf. “La renovación de la Iglesia en América no será posible sin la presencia activa de los laicos. Por eso, en gran medida, recae en ellos la responsabilidad del futuro de la Iglesia” (EA 44).



2. **El cambio de paradigmas**

Ante la persistencia de modos de pensar y de actuar inadecuados, la Iglesia tiene el gran desafío de revisar y renovar sus paradigmas, en aras de una misión efectiva.

Los paradigmas son patrones o modelos; son modos de pensar, normas o reglamentos que rigen el modo de actuar de las personas e instituciones. Cuando estos paradigmas se vuelven estables e inflexibles ante los nuevos cambios, se corre el peligro de ir al fracaso, pues cuando se dan cambios profundos en la realidad y no cambiamos los paradigmas que nos rigen, éstos pueden ser el motivo de nuestra propia destrucción. Un paradigma que en un tiempo fue ocasión de éxito, en otras circunstancias puede ser el motivo del fracaso. De ahí la necesidad de revisarlos y, de ser necesario, recrearlos. A veces nuestros viejos paradigmas se convierten en obstáculos para responder a los retos del presente y anticipar con éxito el futuro; se establecen estereotipos que creen permanentes y esto impide aceptar las nuevas ideas⁴¹.

En el Documento conclusivo de Aparecida se señalan varios de esos paradigmas obsoletos respecto al modo de entender y realizar la pastoral. Y se sugieren nuevos paradigmas, que sean más coherentes y favorables para la realización de la Misión Continental. Señala la necesidad de pasar:

- De una pastoral *inmediatista, desarticulada, dispersa e improvisada* a una pastoral *orgánica, planificada*: “El proyecto pastoral de la Diócesis, camino de pastoral orgánica, debe ser una respuesta consciente y eficaz para atender las exigencias del mundo de hoy con ‘indicaciones programáticas concretas, objetivos y métodos de trabajo, de formación y valorización de los agentes y la búsqueda de los medios necesarios, que permiten que el anuncio de Cristo llegue a las personas, modele las comunidades e incida

⁴¹ El Documento Conclusivo de Aparecida señala al respecto: “lamentamos, sea algunos intentos de volver a un cierto tipo de eclesiología y espiritualidad contrarias a la renovación del Concilio Vaticano II, sea algunas lecturas y aplicaciones reduccionistas de la renovación conciliar” (DA 100b).

profundamente mediante el testimonio de los valores evangélicos en la sociedad y en la cultura. Los laicos deben participar del discernimiento, la toma de decisiones, la planificación y la ejecución. Este Proyecto diocesano exige un seguimiento constante por parte del obispo, los sacerdotes y los agentes pastorales, con una actitud flexible que les permita mantenerse atentos a los reclamos de la realidad siempre cambiante” (DA 371).

- De una pastoral *de conservación a una pastoral misionera*: “La conversión pastoral de nuestras comunidades exige que se pase de una pastoral de mera conservación a una pastoral decididamente misionera [...] con nuevo ardor misionero, haciendo que la Iglesia se manifieste como una madre que sale al encuentro, una casa acogedora, una escuela permanente de comunión misionera (DA 370).
- De una pastoral *discontinua y de sucesos*, a una pastoral *de procesos*: “Sentimos la urgencia de desarrollar en nuestras comunidades un proceso de iniciación en la vida cristiana que comience por el kerygma, guiado por la Palabra de Dios, que conduzca a un encuentro personal, cada vez mayor, con Jesucristo [...], y que lleve a la conversión, al seguimiento en una comunidad eclesial y a una maduración de fe en la práctica de los sacramentos, el servicio y la misión” (DA 287)⁴².
- De una *pastoral centralista y clerical*, a una *pastoral participativa y ministerial*: “Una parroquia renovada multiplica las personas que prestan servicios y acrecienta los ministerios. Igualmente en este campo se requiere imaginación para encontrar respuesta a los muchos y siempre cambiantes desafíos que plantea la realidad, exigiendo nuevos servicios y ministerios. La integración de todos ellos en la unidad de un único proyecto evangelizador es esencial para asegurar una comunión misionera” (DA 202)⁴³.

⁴² Sobre este punto de los procesos puede verse: DA 281, 288, 293, 298, 319, 334, 356. En relación al proceso de la formación puede verse: DA 276-285.

⁴³ De una *pastoral monótona e indefinida*, a *pastoral diversificada*: familia, matrimonio (DA, 432-437); niños (438-441); adolescentes y jóvenes (DA 442-446); Ancianos (DA 447-450); Mujeres (451-458).



3. *La renovación de estructuras, métodos y lenguajes*

Una conversión pastoral en el ámbito de las estructuras, métodos y lenguajes, exige desechar aquellos que no sirven, modificar los que no están funcionando bien y, si fuera el caso, crear propuestas nuevas, que cumplan mejor con su cometido.

a) *Las estructuras*

Las estructuras son formas concretas de organizarse con miras a realizar actividades con orden y eficacia. Son imprescindibles en toda institución, tanto social como eclesial. En el ámbito eclesial, su función primordial es facilitarle el camino al Espíritu, servir a la comunión y promover una participación activa y eficaz de los miembros de la Iglesia. Existen diversos tipos de estructuras⁴⁴. Pero todas con un denominador común: deben de estar al servicio de las personas. De ahí la necesidad de someterlas a una constante revisión, para evitar que se conviertan en fines en sí mismos, en ídolos que ahogan la vida y oprimen a las personas.⁴⁵

Respecto al cambio de estructuras el Documento de Aparecida advierte que la firme decisión misionera de la Iglesia en América Latina y el Caribe “debe impregnar todas las estructuras eclesiales y todos los planes pastorales de diócesis, parroquias, comunidades religiosas, movimientos, y de cualquier institución de la Iglesia”. En consecuencia, “ninguna comunidad debe excusarse de entrar decididamente, con todas sus fuerzas, en los procesos constantes de renovación misionera de abandonar las estructuras caducas que ya no favorezcan la transmisión de la fe” (DA 365). Insiste que “la renovación de las parroquias al inicio del tercer milenio exige reformular sus estructuras” (DA 172); y especifica que “particularmente en el mundo urbano se plantea la creación de nuevas estructuras pastorales” (DA 173).

⁴⁴ Jurídicas y administrativas (consejos, tribunales, curias, etc.), formativas (seminarios y casas de formación), pastorales (consejos, decanatos, comisiones, etc.).

⁴⁵ Cf. F. Merlos, *La pastoral del futuro*, o. c., p. 46-47.



b) *Los métodos*

Los métodos son caminos, medios u opciones operativas para conseguir un fin. “Son estilos de acción práctica con los cuales actuamos en la realidad para transformarla en el sentido que deseamos”⁴⁶. Pastoralmente hablando, los métodos son algo más que un instrumento de trabajo. Son también enfoques u opciones que se hacen a favor de valores que se encarnan y se proyectan en los estilos de hacer las cosas. Algunos pueden ser opresores y deshumanizantes. De ahí la urgencia de revisarlos permanentemente a fin de optar por aquellos que mejor respondan a los objetivos de la pastoral. En el documento de Aparecida se reconoce la falta de entusiasmo y la carencia de métodos y expresiones más adecuados: “Percibimos una evangelización con poco aliento y sin nuevos métodos y expresiones” (DA 100c).

c) *Los lenguajes*

En el documento conclusivo de Aparecida se reconoce la persistencia de lenguajes inadecuados en el campo de la evangelización y se constata que “son muchos los que se dicen descontentos, no tanto con el contenido de la doctrina de la Iglesia, sino con la forma como ésta es presentada (DA 497):

En la evangelización, en la catequesis y, en general, en la pastoral, persisten también lenguajes poco significativos para la cultura actual, y en particular, para los jóvenes. Muchas veces los lenguajes utilizados parecieran no tener en cuenta los códigos existencialmente relevantes en las sociedades influenciadas por las posmodernidad y marcadas por un amplio pluralismo social y cultural (DA 100d).

Ante esta situación, se insiste en la urgencia de crear nuevos lenguajes, que sean capaces de expresar con mayor claridad nuestra fe. Uno de esos lenguajes es el testimonio: “El énfasis en la experiencia personal y lo vivencial nos lleva a considerar el testimonio como un componente clave en la vivencia de la fe. Los hechos son valorados

⁴⁶ *Ibid.*, p. 47.



en cuanto que son significativos para la persona. En el lenguaje testimonial podemos encontrar un punto de contacto con las personas que componen la sociedad y de ellas entre sí” (DA 55)⁴⁷.

4. **La creación de un nuevo modelo de Iglesia**

Ante una Iglesia “meramente funcional y burocrática”, que ha perdido fuerza y credibilidad por no estar respondiendo adecuadamente a las necesidades del momento actual, Aparecida presenta el desafío de crear un nuevo modelo de Iglesia Discípula-Misionera-Madre-Pedagoga-Samaritana.

La Iglesia, en su esencia más profunda, es siempre la misma. Pero, en su manera de expresarse en cada tiempo y lugar, asume unas características propias, que le dan un perfil específico. Más aún, para permanecer ella misma, necesita estar renovándose permanentemente. De ahí la existencia de diversos modelos⁴⁸ y el desafío de diseñar el mejor modelo para cada época y lugar, sin que en lo esencial deba cambiar. Sobre este punto Aparecida señala que “la Iglesia está llamada a repensar profundamente y relanzar con fidelidad y audacia su misión en las nuevas circunstancias latinoamericanas y mundiales” (DA 11). Y diseña, a grandes pinceladas, un modelo de Iglesia, inspirado en María: *Discípula perfecta*⁴⁹ de Jesús, *Misionera y formadora de misioneros*⁵⁰, *Madre*⁵¹, *Pedagoga de la evangelización*⁵²

⁴⁷ En el n. 384 de habla de crear “gestos” de misericordia, que hablen por sí mismos. En relación a los retos de la pastoral urbana, se señala la urgencia de que la Iglesia “se abra a nuevas expresiones, estilos, lenguajes que puedan encarnar el Evangelio en la ciudad” (DA 517d).

⁴⁸ Por modelos de Iglesia entendemos los modos operativos como, de hecho, la Iglesia se entienda y se expresa en su acción; son los modos concretos como la Iglesia se organiza en vista de la misión. La obra que se volvió referencia obligada acerca de este tema es la del cardenal Avery Dulles, *Modelos de Igreja*, Paulinas, São Paulo 1975 [original 1972].

⁴⁹ La Virgen María “por su fe (cf. Lc 1, 45) y obediencia a la voluntad de Dios (cf. Lc 1, 38), así como por su constante meditación de la Palabra y de las acciones de Jesús (cf. Lc 2, 19.51) es la discípula más perfecta del Señor (cf. LG 53) (DA 266).

⁵⁰ “María es la gran misionera, continuadora de la misión de su Hijo y formadora de misioneros” (DA 269); “hoy, cunado en nuestro continente latinoamericano y caribeño se quiere enfatizar el discipulado y la misión, es ella quien brilla ante nuestros ojos como imagen acabada y fidelísima del seguimiento de Cristo” (DA 270).

⁵¹ “María, Madre de la Iglesia, además de modelo y paradigma de humanidad, es artífice de comunión” (DA 268).

⁵² Cf. DA 1.

y *Samaritana*⁵³. Estos rasgos de María son los que se proponen para el nuevo modelo de Iglesia, bajo la convicción de que “esta visión mariana de la Iglesia es el mejor remedio para una Iglesia meramente funcional y burocrática” (DA 268). Así pues, teniendo a María como modelo, la Iglesia que se propone en Aparecida es una Iglesia: *Discípula-Misionera-Madre-Pedagoga-Samaritana*.

A ejemplo de María, la Iglesia está llamada a ser:

- *Discípula-misionera*: por su fe y obediencia a la voluntad del Padre, por su docilidad al Espíritu Santo, por su escucha atenta de la Palabra de Dios y por su fiel seguimiento de Jesucristo⁵⁴. En un mundo sediento de espiritualidad y concientes de la centralidad que ocupa la relación con el Señor en la vida de todo discípulo, la Iglesia ha de aprender a orar y enseñar a orar⁵⁵; pero también debe ser continuadora fiel y entusiasta de la misión de Jesús y formadora de misioneros⁵⁶. “Al mismo tiempo, el mundo espera de nuestra Iglesia latinoamericana y caribeña un compromiso más significativo con la misión universal en todos los continentes” (DA 376). “La Iglesia está al servicio de todos los seres humanos, hijos e hijas de Dios” (DA 32).
- *Madre-Pedagoga*: siendo maestra en humanidad y artífice de comunión; estando atenta a las necesidades de sus hijos y enseñándoles a mantener vivas las actitudes de atención, de servicio, de entrega y de gratuidad que deben distinguir a los discípulos de Jesús; educando para un estilo de vida compartida y solidaria, en fraternidad, en atención y acogida del otro, especialmente del pobre o necesitado; viviendo una actitud acogedora, “que la convierte en ‘casa y escuela de la comunión’, y en espacio espiritual que prepara para la misión” (DA 272). “La Iglesia tiene que animar a cada pueblo para construir en su patria una casa de

⁵³ María, “con los ojos puestos en sus hijos y en sus necesidades [...], crea comunión y educa a un estilo de vida compartida y solidaria, en fraternidad, en atención y acogida del otro, especialmente si es pobre y necesitado” (DA 272).

⁵⁴ Cf. DA 266.

⁵⁵ *Mensaje final*.

⁵⁶ Cf. DA 269.



hermanos donde todos tengan una morada para vivir y convivir con dignidad [...]. La Iglesia ha de educar y conducir cada vez más a la reconciliación con Dios y los hermanos" (DA 534). Para adquirir ese rostro y corazón de madre, la Iglesia debe promover "el más amplio protagonismo de las mujeres" (DA 458a); impulsar su participación "en la vida eclesial, familiar, cultural, social y económica, creando espacios y estructuras que favorezcan una mayor inclusión" (DA 454); "propiciar una formación integral de manera que las mujeres puedan cumplir su misión en la familia y en la sociedad" (DA 456); "garantizar la efectiva presencia de la mujer en los ministerios que en la Iglesia son confiados a los laicos, así como también en las instancias de planificación y decisión pastorales, valorando su aporte" (DA 458b).

- *Samaritana*. La Iglesia "tiene que seguir el camino de Jesús y llegar a ser buena samaritana como Él. Cada parroquia debe llegar a concretar en signos solidarios su compromiso social en los diversos medios en que ella se mueve" (DA 177); "La Iglesia latinoamericana está llamada a ser sacramento de amor, solidaridad y justicia entre nuestros pueblos (DA 396); "está convocada a ser 'abogada de la justicia y defensora de los pobres'⁵⁷ ante 'intolerables desigualdades sociales y económicas'⁵⁸, que 'claman al cielo'⁵⁹ (DA 395). "Iluminados por Cristo, el sufrimiento, la injusticia y la cruz nos interpelan a vivir como Iglesia samaritana (cf. Lc 10, 25-37) (DA 26). La respuesta a la llamada del Señor "exige entrar en la dinámica del Buen Samaritano (cf. Lc 10, 29-37), que nos da el imperativo de hacernos prójimos, especialmente con el que sufre, y generar una sociedad sin excluidos siguiendo la práctica de Jesús que come con publicanos y pecadores (cf. Lc 5, 29-32) que acoge a los pequeños y a los niños (cf. Mc 10, 13-16), que sana a los leprosos (cf. Mc 1, 40-45) que perdona y libera a la mujer pecadora (cf. Lc 7, 36-49; Jn 8, 1-11), que habla con la Samaritana (cf. Jn 4, 1-26)" (DA 135).

⁵⁷ *Discurso inaugural*.

⁵⁸ TMA 51.

⁵⁹ EA 56a.



En síntesis, para expresar el rostro de una Iglesia samaritana:

Es necesaria una actitud permanente que se manifieste en opciones y gestos concretos, y evite toda actitud paternalista. Se nos pide dedicar tiempo a los pobres, prestarles una amable atención, escucharlos con interés, acompañarlos en los momentos más difíciles, eligiéndolos para compartir horas, semanas o años de nuestra vida, y buscando, desde ellos, la transformación de su situación. No podemos olvidar que el mismo Jesús lo propuso con su modo de actuar y con sus palabras: “Cuando des un banquete, invita a los pobres, a los lisiados, a los cojos y a los ciegos” (Lc 14, 13). (DA 397).